



Aunque no con periodicidad, pero sí de vez en cuando, suelo realizar ejercicios de meditación, así como en ocasiones acudo a eventos que me relajan bastante y me aportan una gran paz interior. En uno de estos eventos Jim Forbes, un gran maestro de *mindfulness*, me ofreció la posibilidad de unirme a un retiro que harían en la isla de Ibiza, donde pondríamos en práctica diferentes técnicas. En esta ocasión no sería él quien las guiara, sino un conocido suyo. El tema me intrigó tanto que decidí unirme al grupo.

Una vez que estuvimos en Ibiza se nos citó en Santa Gertrudis, un coqueto pueblo donde realizaríamos tres sesiones inmersivas en días consecutivos. He de decir que nada mas pisar la pequeña localidad ibicenca ésta invitaba a la tranquilidad y a la meditación, el lugar tenía un influjo mágico difícil de explicar. No éramos muchos en la actividad, concretamente cinco personas más el maestro, quien guiaría las meditaciones. Empezábamos sobre las diez de la mañana y se nos recomendaba llevar poco alimento en el cuerpo para evitar digestiones pesadas que impidiesen la concentración. En profundo silencio seguíamos las indicaciones que nos daba nuestro guía espiritual, pasado un tiempo alcanzábamos una concentración máxima que nos aportaba un estado de paz envidiable. Cuando terminábamos las sesiones, que solían durar del orden de unas tres horas, me iba de la casa con la sensación de flotar en el ambiente desprovisto de pensamientos negativos.

Yo me alojaba en una localidad próxima, concretamente

en Santa Eulalia, la cual bullía de turistas. El último día del taller hubo un cambio con respecto a los demás, puesto que Jim me ofreció la posibilidad de entrar en la Habitación del Sueño. Antes de que yo le preguntara me explicó de forma detallada en qué consistía: se trataba de una meditación individual sin guía, la cual iría acompañada de una infusión de ayahuasca. Evidentemente esta actividad que cerraba el retiro era de carácter voluntario, y yo no me lo quise perder.

Teníamos la potestad de elegir la ubicación de la casa en la que nos encontraríamos más cómodos, yo escogí el patio. En una esquina del mismo donde una embriagadora sombra procedente de una palmera me albergaba, me senté en una cómoda posición con las piernas entrecruzadas. Ingerí en pequeños sorbos el contenido del cuenco que me había facilitado Jim antes de abandonarme. Las sensaciones fueron lentas pero constantes: tras la infusión experimenté grandes nauseas al principio, pero progresivamente fueron disipándose hasta desaparecer por completo, momento en el que mi percepción de las cosas se hizo mucho más profunda, tenía la sensación de haber abandonado el plano astral en el que me encontraba para pasar a formar parte de otro superior. Todo se hizo más intenso, noté cómo mi cuerpo se volvía etéreo. Tanto, que era capaz de dislocarme de él. Mis piernas se separaron y comenzaron a caminar hasta llegar a una remota selva mientras el res-

to permanecía estático, pero no por mucho tiempo, porque el tronco fue trasladado por una energía invisible hasta la Antártida, donde únicamente ayudado de las manos construyó un espectacular iglú de un diseño vanguardista como jamás había visto ninguno, a la vez que tremendamente acogedor y aislado térmicamente de la temperatura exterior. Por último la cabeza, que era quien gobernaba el resto de piezas de mi cuerpo, se elevó para darme una visión completa de la Tierra. Este triángulo imaginario que formaban mi cabeza, mis piernas y mi cuerpo envolvía el globo terráqueo al completo creando un entorno multidimensional en el que se fusionaban todas las bondades del universo, positivilizándolo y creando una sensación de plenitud indescriptible e infinita, la cual no abandoné hasta bastantes horas después.

Desperté cuando ya empezaba a anochecer. No había nadie en la casa de meditación, de modo que salí y dejé la puerta como la encontré, es decir, abierta. Al día siguiente regresé a Madrid a seguir con mis quehaceres habituales, y he de confesar que meses después aún conservo un cierto estado de plenitud, el cual tengo la vaga esperanza de que se acomode dentro mí por tiempo indeterminado. Sin embargo lo que no acabo de concebir todavía es qué ha sido de mis acompañantes, ya que no he vuelto a saber nada de ellos por más que los he buscado en nuestros centros de reuniones habituales.

HISTORIAS INCREÍBLES es una sección literaria: los textos publicados en ella son pura ficción, y por lo tanto cualquier posible parecido con la realidad es mera coincidencia.



Villaverde en plano secuencia: el otro Madrid Río

Hace unos años —posiblemente durante la pandemia— tuve una reunión con una productora muy curiosa. Se encargaban de buscar localizaciones poco trilladas y alejadas de los estudios.

¿Por qué acabé allí? Porque alguien me consiguió la reunión. Fue en unas oficinas lujosas, impersonales y extrañamente frías. Era evidente que se trataba de un compromiso: alguien debía en favor a quien me había abierto aquella puerta. La altanería del entrevistador me resultaba divertida, aunque también me molestaba su afán de superioridad.

'Me preguntó dónde estaba aquello. Le respondí que muy cerca'

Lo primero que me pidió fue que, casi sin pensar, le dijese un lugar para rodar unas secuencias "abrasivas" de un *western*. Le pregunté

por el tipo de escenas, pero no quiso concretar. Buscaban algo cercano y poco reconocible. Como si lo tuviera preparado, le dije que conocía el sitio perfecto. Soltó un chascarrillo sin gracia, y yo no reí.

En aquel tiempo —y aún ahora— solía sacar fotografías del parque por el que hago deporte y que todavía, a día de hoy, me enamora. Enfoco esos lugares que me dan *chance* para imaginar proyectos que jamás haré. Mi preferido es el lugar en el que destaca un árbol que me cruzo siempre que corro por el villaverdiano Madrid Río. Debo tener más de 150 fotos del mismo árbol. Se parecen, claro, pero nunca son iguales: ahí está la magia del lugar. Le pregunté al "localizador cineasta" si quería verlo; justo tenía algunas imágenes en el móvil. Me miró con socarronería, pero accedió.

Al enseñarle la foto, me preguntó dónde estaba aquello. Le respondí que muy cerca. Insistió en verlo en persona —porque comenzó a acusarme de fordiano y de ser donde el maestro había rodado— y fuimos. Durante el camino no paró de protestar, hasta que al llegar se topó con el árbol: aquel día, con la luz que caía,

parecía una localización sacada de Marte. Sacó su cámara y quiso imitar mi perspectiva, pero no lo conseguía. Al final me pasó la cámara y lo hice yo.

En ese momento empezó a rebajar su altanería. Me confesó que las localizaciones eran para un *western* de Clint Eastwood. Dudé: Clint había rodado tanto y tan bien que me costaba imaginarle eligiendo Madrid, tan alejada del paisaje del género. Muy serio, me respondió que para eso estaba su empresa: para encontrar lo inimaginable.

Luego me comentó que buscaban también un río, "pero no un río", y añadió una referencia que me encantó: "un río como el de las películas de Tarzán, las de Johnny Weissmuller". Por suerte, mis horas corriendo por el parque me habían dado un mapa mental, y pude llevarle a un lugar perfecto. Allí estaba ese río que parecía sacado de Argel —que fue uno de los lugares en los que se rodó *Tarzán de los monos* (1932)—. El tipo reía, pero de un modo nervioso: señal de que la reunión le estaba sorprendiendo.

Le hablé de la importancia de ese parque, un respiro en mitad de la ciudad, y me pidió más: localizaciones que recordasen al Madrid de los años ochenta, o incluso algún barrio que se pareciese a Centroeuropa. Mencionó Cracovia. Y yo, sin dudar, le indiqué un rincón cerca de Legazpi.

Al final, le pregunté por una posibilidad de trabajo real. Me confesó lo que ya intuía: aquella entrevista era un favor. Si salía algo, me pagaría las localizaciones de su bolsillo. Migajas. Nunca volví a verle ni supe si se rodó algo. Imagino que no.

Desde entonces, siempre que puedo, ruedo —grabo— en ese parque. Y cuando camino, imagino cómo sería rodar allí un *western*, una de Tarzán o una bélica. Está cerca de casa. Como Kubrick, que fue capaz de recrear Vietnam junto a su domicilio. ¿Podría recrearse Vietnam en Villaverde? A que sí, Stanley.

la vis cómica

